



MUERTE DE DON BOSCO

Don Bosco en sus últimos años padeció continuamente agudas enfermedades. A aquel gran corazón, siempre palpitante de amor, faltáronle las piernas que hinchadas y débiles apenas podían moverse; pero á pesar de tan completa extenuación la inteligencia conservó hasta el fin maravillosa lucidez, y el alma, en cierto modo anticipándose á su libertad, tomó supremo vuelo que más de una vez le permitió penetrar los arcanos de lo porvenir.

Don Bosco conoció el día y puede decirse que hasta la hora de su muerte; sabía cuáles de sus sacerdotes debían asistirle en sus últimos momentos y cerrarle los ojos; y por revelación le fué aún manifiesto que, después de sus días, su amada Congregación, tras rudos combates, debía conseguir definitivo y espléndido triunfo.

Quiso morir rodeado de sus sacerdotes y niños en su amado Oratorio de Turín.

El treinta y uno de enero de 1888, á las cuatro y tres cuartos de la mañana, á la edad de setenta

y dos años, cinco meses, quince días fué á recibir en el cielo la corona de gloria.

Renunciamos á pintar la consternación general producida por la noticia de su muerte; renunciamos sobre todo á describir la emoción profunda de Turín. Toda la ciudad púsose en movimiento para ir á visitar los restos del Santo expuestos en la iglesia de San Francisco de Sales. *¡Vamos á casa de Don Bosco!* *¡Vamos á casa de Don Bosco!* era la exclamación ó por mejor decir el grito universal.

Las muchedumbres acudían de ciudades y aldeas vecinas, y numerosos extranjeros llegaron aun de apartados países, deseosos de contemplar por última vez aquella dulce fisonomía, besar aquella mano bienhechora, tocar á ella piadosos objetos que ya no podía bendecir y que se proponían venerar como preciosas reliquias.

Las honras fúnebres originaron una manifestación popular superior á cuantas se han visto en la capital del Piamonte. Veinte mil personas componían el cortejo y cien mil asistían al acompañamiento. Aquella fué una marcha triunfal, una verdadera glorificación.

Habríase querido conservar en la iglesia de María Auxiliadora el cuerpo de Don Bosco; pero, no habiéndose obtenido la autorización, fué sepultado en el Seminario de las Misiones Salesianas en Valsálice, cerca de Turín.

Si bien con la muerte de Don Bosco se había abierto un inmenso vacío en el Oratorio, estaban

sorprendidos los sacerdotes y niños al experimentar una calma inesperada, una inexplicable y secreta alegría. Casi no se atrevían á comunicar tan extraña impresión; mas al fin todos comprendieron la causa; todos se hallaban íntimamente convencidos de que su Padre había volado al Cielo y de que allí le tendrían para siempre de protector y amigo, más poderoso y decidido que lo había sido en la tierra.

Cuando falleció Don Bosco no había con que pagar el pan del día siguiente.

¡Oh santa pobreza! ¡oh admirable pobre Don Bosco!

Resumamos en pocas palabras la vida de este insigne Apóstol:

La Pia Sociedad Salesiana,

Trescientos mil niños recogidos de la miseria y los peligros y piadosamente educados,

Más de *seis mil sacerdotes* proporcionados á la milicia de la Iglesia,

Cien mil Cooperadores,

El Instituto de las *Hermanas de María Auxiliadora,*

La Obra de María Auxiliadora para fomentar las vocaciones eclesiásticas,

Muchas iglesias, doscientos cincuenta oratorios, asilos, refugios, colegios ó Seminarios abiertos en Europa y América,

Las Misiones de la Patagonia y de la Tierra del Fuego,

La enseñanza de la palabra de Dios hasta en los confines de la Tierra,

Veinte mil salvajes bautizados.

¡Hé ahí la obra del pastorcito de los Alpes!

In vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum (Eccles. IV, 1).